

Abraham Juárez

LA CONJURA DEL HARÉN




ESPASA

ABRAHAM JUÁREZ
LA CONJURA DEL HARÉN



© Abraham Juárez Berenguel, 2024
© por el mapa, Andrés Aguirre @aaguirreart
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 21.810-2023
ISBN: 978-84-670-7159-7

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Gomez Aparicio
Impreso en España-*Printed in Spain*



LA RUTA MALDITA

Sobre los lomos de una mula, había construido algo parecido a un dosel empleando mi *simlāh** para que mi mujer y mis hijos pudieran ir turnándose para descansar y protegerse del sol durante la larga travesía que nos esperaba. Sí, sé que mis hijos eran más jóvenes y fuertes que yo, y que debería haber sido yo quien se aprovechara de alguno de aquellos descansos. Pero me negaba a aceptar la realidad de que los años habían comenzado a mermar mis fuerzas. Tueris me había rogado que detuviéramos la caminata cada cierto tiempo y que me cubriera con su capa, pero no la escuché. Aduje que la tela del turbante era suficiente para preservar mis hombros y quise engañarme a mí mismo fingiendo no sufrir un cansancio que me hacía dudar de si sería capaz de poder dar el paso siguiente mientras notaba cómo

* Manto largo y rectangular abierto por el frente.

mi espalda se cubría de ampollas por el castigo del sol. Recuerdo su dolorosa intensidad y mis ojos llorosos, que iban del horizonte de dunas a cada hondonada que el animal marcaba de huellas en la arena bajo el peso de la carga.

Aun así, debo reconocer que Tueris no andaba errada. La fortaleza de la que hacía gala años atrás ya no era más que un recuerdo borroso, como lo había sido mi atractivo. Ahora debía conformarme con ver mi juventud perdida reflejada en los rasgos de mi hijo Sinab: en su rostro ligeramente ovalado, con un hoyuelo en el mentón y un pequeño lunar en el pómulo izquierdo que a mí me había desaparecido con los años. Mi rostro era como un campo árido sobre el que hubiese pasado un arado dejándome unos pómulos que destacaban desafiantes, y surcos en la frente, y las comisuras de una boca en la que, a pesar de mi edad, conservaba todos los dientes. Presumo también de mi cabello castaño y ondulado que, como muestra indiscutible de mi paternidad, había transmitido a Hetmet, mi otro hijo, aunque su rostro mostrase la palidez del de su madre y en el que no parecía que la barba tuviese ninguna intención de asomar, como tampoco aparecían los músculos en sus brazos. En los ojos de Hetmet brillaban unos iris marrones como los de Tueris, a la que el trabajo y el sufrimiento habían envejecido de forma prematura. Hacía años que sus párpados se habían caído hasta casi ocultar lo que habían sido

unos ojos ligeramente rasgados, como ahora los de Hetmet.

Kufu era completamente diferente a sus hermanos: el más alto y fuerte de los tres, sus cabellos eran lisos y negros como sus ojos, y en el rostro lucía una mandíbula poderosa.

Aquel día habíamos emprendido el camino apenas amaneció, cuando la luz dorada no hería aún, y con la esperanza de alcanzar la gran ciudad antes de que anocheciese. A lo lejos, ya podíamos divisar una franja rebosante de vegetación como señal de que nuestros pies hollaban aquella tierra prometida.

Por aquel entonces, el país de Kemet* vivía bajo el gobierno de Ramsés III tras haber padecido unos años de desorden durante los reinados anteriores. Guerras civiles y escaramuzas extranjeras por el Oriente, Libia y Nubia lo habían convertido en un país inestable. La subida al trono de Ramsés III puso fin a aquella situación. Pacificó la zona oriental y reafirmó su dominio sobre Nubia en el sur. El único pueblo que podía resultar una amenaza se hallaba al oeste, Libia, pero la frontera estaba protegida lo suficiente por el Ejército egipcio.

En aquel clima de paz, el faraón dedicaba sus esfuerzos a devolver a su pueblo el bienestar del que había disfrutado en época de su antepasado Ramsés II

* Egipto.

el Grande. Ordenó a sus ingenieros que ampliaran los campos de cultivo y a sus arquitectos que rehabilitaran algunos templos abandonados y levantarán nuevos; el más importante, el que habría de ser su palacio al tiempo que templo funerario, un recinto monumental edificado en un lugar al que los egipcios llamaban Djeme*.

Tras recorrer una larga caminata, decidimos hacer un descanso para comer al cobijo de la sombra que nos ofrecía el perfil de una montaña. El cesto, en el que habíamos depositado los que creímos suficientes víveres para la travesía, no mostraba más que un pedazo de pan ácimo.

—¿Es todo cuanto nos queda? —pregunté.

La tristeza se reflejaba en la voz de Tueris, mi esposa, al responderme.

—Sí. Hasta que lleguemos a la ciudad no tenemos nada más. —Me tendió su tocado—. Por favor, ponte esto. Tienes la espalda en carne viva.

Lo tomé y me cubrí mientras volvía a mirar el contenido de la cesta.

—No es suficiente ni tan siquiera para uno de nosotros. Iré a cazar algo. ¿Me acompañas, Kufu?

Sin dudarle, Kufu, el mayor de mis tres hijos, empuñó dos arcos, un carcaj y un morral, y subimos a la montaña en busca de alguna presa que nos sirviera

* Medinet Habu.

para alimentarnos hasta que llegásemos a Tebas. No tardamos mucho en ver una serpiente. «Es carne», pensé, pero sabía la repugnancia que sentirían mi mujer y mis otros hijos ante la sola visión del reptil. Doblamos un recodo en la roca y vimos que los dioses eran bondadosos con nosotros: dos conejos, que mordisqueaban unos hierbajos, se habían puesto al alcance de nuestras armas. Disparamos casi al unísono y las dos flechas acertaron en el blanco. Fue mientras desollábamos los conejos cuando oímos el grito desgarrador de mi esposa pronunciando mi nombre. Metimos los conejos en el morral, aún sin despellejar, y corrimos alertados por aquella llamada de auxilio. Descendimos la montaña por una ladera desde la que no se veía el lugar en el que se había quedado nuestra familia. Al bordearla, vimos a Tueris tumbada en el suelo. Corrimos hacia ella tan rápido como nos lo permitieron nuestras piernas y, al acercarnos, vimos que estaba rodeada de un charco de sangre. Tenía el pecho cubierto de puñaladas.

—Tueris, ¿qué... qué ha ocurrido?

Dirigió sus ojos hacia mí. Estaban blanquecinos y supe que, a pesar de mirarme, no me veía. Entonces fui consciente de que, a cada instante que transcurría, la vida la abandonaba. Antes del último estertor aún tuvo fuerzas para responderme.

—Una caravana... —dijo con un hilo de voz— tratantes de esclavos... nos atacaron y se han llevado a nuestros hijos. Búscalos y...

Esas fueron sus últimas palabras y el comienzo de mi soledad a pesar de que Kufu continuaba a mi lado. Porque, en realidad, Kufu era hijo de Tueris, pero no mío.

La fiel Tueris, a quien nada puedo reprocharle, que se había esmerado en el gobierno de nuestro hogar y en la educación de nuestros hijos, siempre con una sonrisa, yacía ante mí sin haber recibido la despedida de dos de ellos.

Me sorprendió la actitud de Kufu. Se limitó a mirar a su madre en silencio durante un instante. Aún hoy no sé si es que no lamentó su muerte o que quiso ocultar su dolor, como si mostrarlo fuese un signo de debilidad que un hombre no debe permitirse manifestar a los demás. Pero no pude evitar mi perplejidad: su madre siempre fue pródiga en las muestras de cariño y, si bien Kufu desde muy joven había mostrado un carácter recio y enérgico, jamás había rehusado una caricia. Era diestro con la espada *khopesh*, el venablo y el arco, y era evidente su admiración por la vestimenta de los soldados, como si algún día aspirase a vestirla. Por mi parte, nunca había imaginado que ella pudiese abandonar este mundo antes que yo, y su muerte me provocaba más tristeza y temor de los que habría sentido si hubiera sido yo mismo quien estuviese viviendo sus últimos momentos, ante la incertidumbre de si existe otra vida después de nuestra muerte. Confieso que ya por aquellos días mi fe se resquebrajaba; tenía

grandes zozobras causadas por las injusticias que me tocaba presenciar y que quedaban sin castigo: hurtos, extorsiones, sobornos... Fui testigo de cómo la mujer y la hija de un buen hombre habían sido obligadas a abandonar su casa para formar parte del servicio del propietario de las tierras; dos mujeres arrancadas de su hogar para satisfacer los caprichos de un hombre que lo tenía todo. No pude más que dudar de la justicia de los dioses por permitir aquellos desmanes y temí que me castigaran por pensar así. Qué lejos estaba de sospechar que los sucesos más inimaginables aún nos estaban aguardando cuando llegásemos a nuestro destino. ¿Por qué los dioses parecían cebarse con algunas familias? ¿Por qué con la mía? ¿Tan mal esposo y padre había sido?

Puedo afirmar que no. Siempre había cuidado de los míos y les había dado todo cuanto estuvo en mi mano renunciando a mi propio beneficio. De repente, los treinta años vividos con Tueris me parecieron una raquílica compensación a tanto esfuerzo, a mis manos encallecidas tanto como las de Tueris. Había sido una buena esposa, además de valiente.

Recordé la mañana en que unos ladrones asaltaron el cerco de nuestra casa para llevarse las únicas dos cabras que teníamos. Era la segunda vez que alguien intentaba robarnos nuestro sustento de leche. Ella estaba ya levantada, amasando el grano para hornear el pan, cuando oyó los balidos. No dudó.

Cogió la azada y salió al patio gritando, dispuesta a arremeter contra quien osaba querer adueñarse de lo que ella cuidaba con extraordinario mimo. La siguió Kufu empuñando una honda al tiempo que yo me hacía con mi arco y disparaba una primera flecha. La piedra lanzada por mi hijo alcanzó en la cabeza a uno de los asaltantes, que no dudó en huir mientras el otro lo seguía llevándose una mano al cuello, ensangrentado por el roce de mi flecha.

Kufu tenía coraje. Tanto como su madre.

Cerré los ojos y la boca de mi esposa en un intento de borrar su rictus de dolor. Si existía otra vida, no podía permitir que se presentara ante ella con ese aspecto atormentado.

Mi hijo y yo no hablamos entre nosotros, como si fuéramos culpables de un hecho que de ningún modo habríamos podido evitar. De no habernos alejado para ir de caza, aquellos malditos asaltantes también nos habrían aprehendido. La sangre me hervía al pensar en Sinab y Hetmet, mis amados hijos, que ahora estaban en manos de hombres despreciables y serían vendidos como ganado.

Con el dolor atravesándonos el pecho, arrastramos el cuerpo de Tueris hasta una loma cercana. El cuerpo de la madre de Kufu. ¿Cómo los dioses permitían que un hijo se viera obligado a dar sepultura a quien le dio la vida, en una tierra en medio de la nada, alejada de donde podríamos honrarla? ¿Cómo sobreviviría mi esposa en el más allá? En nuestra

situación, no le podíamos ofrecer ni una modesta vitualla que pudiera llevarse al otro mundo, ni tan solo una mísera estera de animal donde acomodar su cuerpo. Cavamos un hoyo entre dos arbustos sirviéndonos de un par de ramas gruesas que a duras penas se abrían paso en la tierra rocosa bajo el manto de arena, incapaz yo de contener las lágrimas y sin aceptar aún a qué nos abocaba tan terrible pérdida. El vuelo de mi turbante no bastaba para secar tanta agua como derramaban mis ojos. Kufu, más fuerte que yo, cavaba con desesperación. Tenía la barbilla arrugada y los labios prietos en una mueca de rabia, la misma que en ocasiones mostraba de niño. Por aquel entonces yo se la afeaba, ahora no podía reprochársela: tenía buenas razones para sentirla.

Los gritos de Tueris habían espantado a la mula y los esclavistas no se habían molestado en buscarla. Por fortuna para nosotros, no estaba lejos; el pellejo de agua que acarreaba aún no estaba del todo vacío y el Nilo ya estaba cerca. Abandonamos la ruta principal y buscamos senderos secundarios en los que poder ocultarnos ante el riesgo de encontrarnos con aquellos desalmados. Penetramos en el valle y, al poco tiempo, oímos el rumor de las aguas del río. Era suficiente el parpeo de un pato o el ladrido lejano de algún perro para que el miedo encogiera nuestros corazones. Al llegar a la orilla, no tardamos en despojarnos de nuestras ropas y lanzarnos al Nilo

buscando el frescor de sus aguas, que mi piel agradeció. Mientras nos bañábamos, envueltos en un grave silencio por el peso de lo que cargábamos en el alma y la gravitación de una tristeza que jamás podríamos borrar, me pareció oír unas voces cercanas.

—¡Escucha! —ordené de pronto a Kufu.

Nos vestimos apresuradamente y nos escondimos entre la vegetación que bordeaba el río. Superamos el miedo que nos provocaron aquellas voces pensando en que, si los dioses nos acompañaban, quizá fuesen las de los esclavistas: sería un modo de compensar su descuido y de reparar en parte nuestra desgracia. Ese pensamiento renovó mis fuerzas y despertó en mí la esperanza de poder liberar a mis hijos. Pero los dioses ignoraron mi reclamo o, tal vez, consideraron la posibilidad de aliviar nuestro dolor compensándonos de alguna otra manera.

Nos acercamos agachados al lugar del que provenían aquellas voces y pudimos ver que se trataba de un pequeño grupo de soldados que custodiaba una carroza. Aquella visión hizo que desterráramos nuestros temores.

Cuando nos disponíamos a acercarnos a ellos, el sonido de los cascos de unos caballos volvió a alertarnos provocando que nos ocultásemos de nuevo. Tras unos matorrales pudimos ver cómo un grupo de jinetes atacaba a los soldados. Los asaltantes no parecían organizados, pero superaban en número a los militares. El inicio del combate fue repentino. Las

espadas y las lanzas buscaban los cuerpos enemigos. Los lamentos de dolor y gritos de muerte rompieron el silencio mientras el verde de la hierba se teñía de rojo con la sangre de los heridos y los muertos. Uno de los soldados se dirigió hacia la carroza, abrió la portezuela y salió una mujer, a la que acompañó con la intención de ponerla a salvo. Ella era joven y sus ropas demostraban su riqueza. Una lanza voló y atravesó la espalda del soldado que intentaba alejarla de la batalla mientras uno de los asaltantes se dirigía hacia la mujer. La imprudencia de Kufu le hizo abandonar nuestro escondite y mi corazón se encogió. Me acababan de robar a dos hijos y me angustiaba la idea de ver con mis propios ojos la muerte del otro.

Sin mostrar ningún temor, Kufu cogió del suelo la espada del soldado muerto y se interpuso entre la joven y el agresor. Me sorprendió verlo luchar, nunca lo había hecho, pero no parecía que aquella fuese la primera vez. Las espadas apenas habían chocado un par de veces cuando el cuerpo del bandido ya se desplomaba muerto a los pies de mi hijo. Me reproché las veces que lo había inducido a dejar de jugar con las armas y a instruirse con algunos papiros heredados de mi padre, que nunca le llamaron la atención. Tuve que confiárselos a Hetmet que, muy al contrario que su hermano, se quedaba mirando embobado los rollos, como intentando desentrañar en ellos el conocimiento que contenían y del que se privaba a los hombres sencillos. Hetmet... ¿Qué será de

ti ahora, hijo mío? Quizá tu única salvación sea que no te hayan separado de Sinab.

Kufu acompañó a la mujer hasta donde yo estaba y regresó al campo de batalla para brindar su apoyo a los soldados. Poco después, el adiestramiento de estos había vencido al ímpetu de los asaltantes, quienes, considerablemente diezmados, subieron a sus monturas y huyeron dándose por vencidos. Kufu y yo buscamos entre los cuerpos de los caídos con la esperanza de que alguno aún continuase con vida y nos dijese si pertenecía al grupo de los esclavistas. Si teníamos suerte, quizá podríamos averiguar el paradero de mis hijos. Pero todos estaban muertos y nuestras esperanzas perdidas.

La mujer se acercó a nosotros con un gesto que revelaba más sorpresa que agradecimiento. Tenía el cabello artísticamente trenzado, vestía un traje bordado con lentejuelas de plata y lucía en su brazo derecho un brazalete con gemas de distintos colores, detalles todos ellos que denotaban una alta posición. Llegué a pensar que podía ser hija de algún noble. O de un rey.

—¿Qué hacíais aquí? ¿Quiénes sois? —preguntó.

Le conté nuestra desventura. Nos miró y en su mirada creí adivinar que se compadecía de nuestra situación. Sus ojos eran rasgados y dulces, y un fino afeitte cubría el óvalo de su cara. Se quedó mirando a Kufu con inusitado interés. Habría dicho que parecía embelesada por su aspecto.

—Y tú, ¿dónde has aprendido a luchar así? —preguntó dirigiéndose a Kufu.

Mi hijo me miró antes de responder. Parecía temeroso ante la posibilidad de que yo me indignase una vez que confesara su secreto. Me dio la espalda y se alejó unos pasos mientras se lo revelaba a la joven. Ella asintió y, con voz enérgica, se dirigió al capitán de los soldados.

—Proporcionad dos monturas a estos hombres. Nos acompañarán en nuestro viaje.

Por el camino, siguiendo siempre una pista de tierra que bordeaba el valle, atravesamos dos pequeños poblados con casas bajas de adobe. Ante sus puertas, unas mujeres desgranaban y molían trigo y otras cocían pan sobre piedras calentadas por hogueras. En los campos que las rodeaban, observé a un grupo de campesinos mientras labraban la tierra empujando el arado tirado por bueyes. La vida del campesino es la más dura, y puedo afirmarlo desde mi propia experiencia: explotado por los amos de las tierras, tiene que vigilar que los vecinos no le roben o invadan sus lindes y que las plagas de langosta o los roedores no le arruinen las cosechas. Todo ello para, al final, una vez recogido el fruto de su esfuerzo, verse asediado por los recaudadores de impuestos.

La mujer había abandonado la carroza y solicitado otra montura para ella. Trotábamos al paso y, poco a poco, el hermoso corcel de crines negras que montaba se fue retrasando para acompasarse

con el de Kufu. La joven lo miraba de reojo, sonreía y guardaba silencio. En cierto momento le preguntó de dónde procedíamos y él vaciló antes de responder.

—Somos de Adar, al sur de Canaán, mi señora.

—¿Canaán? Por lo que ha llegado a mis oídos es tierra fértil, con agua abundante, buenas vides y olivos, y buena miel... Así lo aseguran quienes la conocen ¿Por qué os mudáis?

—Atravesamos varias estaciones de pertinaz sequía. Los animales murieron. Solo nos queda la mula y, aunque es joven, de haber continuado allí, habría muerto también.

«Sabias palabras, Kufu», dije para mí. Tiempo después supe que el padre de aquella mujer también era cananeo y no comprendí por qué no lo confesó; quizá porque consideró que no era el momento de revelar su identidad,

—¿Habéis comido hoy? —preguntó.

Ante la negativa de Kufu, la mujer ordenó a uno de los soldados que nos ofreciera unos dulces de miel que tuvieron la virtud de acallar el rugido sordo de nuestras tripas. Dicho esto, solicitó la ayuda de un soldado para bajarse de la montura y ocupar de nuevo la carroza.

Tebas superaba cualquier idea que yo hubiera tenido. Después de dejar atrás los barrios más humil-

des, nos adentramos en el corazón de la ciudad. Allí, las lujosas casas se iban convirtiendo en palacios alrededor de los grandes templos. A medida que nos aproximábamos al palacio real, vimos cómo algunos de sus ciudadanos inclinaban la cabeza ante el paso de nuestra comitiva. Jamás hasta ese instante había sentido nada igual. Al llegar ante la imponente mansión, un sirviente se apresuró a abrir la puerta de la carroza y ayudó a descender de ella a su ocupante.

—Que les den comida y alojamiento a estos hombres, son mis invitados —ordenó.

El sirviente inclinó la cabeza y puso las manos sobre las rodillas en señal de obediencia. Mis sospechas se vieron corroboradas: la mujer era alguien influyente en la corte.

—¿Quién es? —pregunté cuando ya se había alejado.

—¿Venís en su compañía, os aloja en palacio e ignoráis de quién se trata? —respondió el sirviente en un tono de voz en que se mezclaban la desconfianza y el desprecio—. Es Neftis, la hija de Ramsés III, a quien la gracia de Amón conceda muchos años de vida.

«Quizá no es un mal comienzo —pensé—. Quizá, después de todo, los dioses quieran compensarnos de tanta desgracia». Y elevé una alabanza en silencio.